

## “Tango de muerte” de Mikel Azurmendi

### Mikel Iriondo

A pesar de todos los años transcurridos bajo la intimidación del terrorismo etarra y de sus múltiples asesinatos, es sorprendente que en el mundo de las artes literarias no existan suficientes ejemplos que aborden este fenómeno.

Recuerdo que a raíz de haber escrito un artículo titulado “Arte y violencia en el País Vasco” que tuve ocasión de presentar en un seminario sobre “La violencia en el arte” que se desarrolló en la Universidad Complutense de Madrid durante el 2002 (<http://www.ucm.es/info/varte/actividades/reunion2002/MIRIONDO.pdf>), el mutismo respecto a lo que allí se decía fue casi absoluto. Sin embargo, pronto pude comprobar que muchos de los artistas vascos conocían detalladamente su contenido. No gustó a casi ningún artista de nuestras latitudes vascas, porque se ponía seriamente en duda el compromiso de los creadores vascos contra las conductas violentas del entramado radical abertzale, mientras que también se recordaba el posicionamiento a favor de estas tesis por parte de algunos artistas vascos. Remito a los interesados a leer ese texto, que debido al paso de los años tendría que ser actualizado con las contribuciones posteriores al año 2002 de determinados artistas plásticos, musicales, literarios y cinematográficos.

En ese mismo sentido y debido a que hoy presentamos una obra del ámbito literario, conviene recordar que Raúl Guerra Garrido y Fernando Aramburu han contribuido recientemente a desentrañar lo absurdo y cruel del terrorismo etarra en sus últimas obras (“La soledad del ángel de la guarda” y “Los peces de la amargura”). Raúl había sido además quien con “Lectura insólita del Capital” y “La carta” había abierto el camino del compromiso literario frente al terrorismo. También lo había hecho Pedro Mari Baglietto rememorando los últimos momentos en la vida de su hermano antes de ser asesinado por aquél a quien, paradójicamente (por decir algo frente a lo incomprensible), había salvado la vida cuando era niño. Autores en lengua vasca también habían abordado este problema desde posiciones más o menos críticas: Xavier Gereño, Ramón Saizarbitoria, Andu Lertxundi o Bernardo Atxaga. Me gustaría señalar que la última obra de Atxaga, “El hijo del acordeonista”, me parece fundamental para entender la configuración sentimental del nacionalista, sea éste radical o moderado. Es sin duda una obra que no nos dejará indiferentes, provocando el rechazo por su tramposa estructura o el entusiasmo por aportar el almacén afectivo de la ideología nacionalista.

A pesar de estas aportaciones, bien pocas para casi medio siglo de terrorismo, no son pocos los intelectuales vascos que consideran que para abordar este fenómeno del terrorismo hace falta perspectiva histórica, que todavía no han pasado los suficientes años para poder analizar este asunto con cierta objetividad. Es una clara estrategia para buscar cobijo en el silencio. Nada sorprendente.

No descubriré aquí el compromiso de Mikel Azurmendi frente al terrorismo y las actitudes justificatorias o comprensivas de este fenómeno. Saben ustedes también que Mikel militó en ETA y que fue uno de los primeros militantes en abandonarla, allá en los años 70.

“Tango de muerte”, el libro que presentamos, trata de los acontecimientos acaecidos en Marzo de 1973 cuando tres jóvenes gallegos acudieron a Francia para ver “El último tango en París” película prohibida bajo la dictadura franquista.

Ciertos etarras “refugiados” en Francia consideraron que estos muchachos eran policías españoles infiltrados en suelo francés, y después de secuestrarlos y torturarlos los asesinaron. Como señala Mikel en la pág.153 de su libro, a día de hoy no han sido encontrados sus cadáveres y ninguno de los asesinos ha pedido perdón ni ha hecho el menor esfuerzo por aclarar este horroroso crimen y poder enterrar en la paz familiar a los asesinados.

Está claro que el peso del pasado como militante de ETA ha hecho a Mikel revolver el pasado de la organización y sacar a la luz, gracias a la ficción literaria, estos sucesos. Este peso se refleja bien en la pág.245 cuando hace decir a uno de sus personajes:

- “Tenía cicatrices. Algunas me hacían mucho daño. Y me recordaban que mi pasado estaba siempre en mí y que yo debía estar muy presente en el pasado de otros.
- De tus víctimas.
- Exacto. Me dolía comprobar que había quedado mucha gente dolida por mí.”

Como es bien conocido, Mikel ha tratado de remover y condenar estas conductas todavía desgraciadamente presentes desde muy diferentes vías: la enseñanza universitaria, los libros de análisis y ensayo, sus artículos de revistas y periódicos o su militancia comprometida en diferentes movimientos cívicos.

Quizá sus últimas sensaciones respecto a este esfuerzo por combatir la violencia política han sido semejantes a las de Fernando, uno de los protagonistas de su novela, quien llega a la conclusión de que su actividad como profesor quizá haya sido inútil, que los asesinos del pasado se han reintegrado a la sociedad sin el menor ápice de remordimiento, que no han cambiado y que siguen haciendo lo mismo.

Pienso que esta sensación de fracaso intelectual ha llevado a nuestro amigo Mikel a indagar otras vías para enfrentarse al problema criminal del País Vasco. Así, intenta desde hace algunos años relatar los entresijos de este asunto desde la creación literaria. Este libro es un primer ejemplo, pero Mikel ha escrito mucho más. Tendremos oportunidad de comprobarlo en el futuro.

La literatura, a diferencia de otras actividades ligadas al conocimiento científico, pretende clarificar, educar y transformar nuestros sentimientos y valores más arraigados (lo cree también Mikel en boca de sus personajes, ver págs. 114, 184, 367, 368). Lo consigue mostrando experiencias ajenas, acciones encarnadas en una realidad compleja, porque el novelista no pinta el mundo, sino su experiencia del mundo. Así, pretende cambiar nuestra dimensión sentimental y, en suma, afecta a nuestra esfera moral.

Porque, sin duda, no se aprende a ser mejor (moralmente hablando) acumulando más conocimientos. La política y la moral no son científicas, puesto que son dirigidas por la voluntad y no por el conocimiento. De ahí la importancia de la experiencia, del ejemplo de nuestro entorno, de la familia, de las experiencias ajenas aportadas por la literatura y otras artes (desde el caso extremo de los testimonios de diferentes genocidios, las

masacres de los sistemas totalitarios, etc., hasta los textos autobiográficos de toda índole).

Existe pues un momento para los textos literarios. Han de tomar el lugar y mostrar la dimensión del dolor y la crueldad. Lo ridículo y lo cómico de la seriedad ideológica que inmola a los hombres en el altar de una futura Humanidad. Aquí en el País Vasco, también ha llegado el momento del desvelamiento.

La literatura no pretende desentrañar la verdad, sólo reivindica el derecho a buscarla legítimamente. Conviene distinguir, como lo hace T.Todorov, dos tipos de verdades:

- La verdad de adecuación o verdad factual que muestra una relación de exactitud entre el discurso y aquello que se designa. No se pueden negar ni ocultar hechos evidentes, siendo neta la frontera entre hecho e interpretación. Orwell en “1984” mostró como los totalitarismos pretender eliminar esta barrera haciendo de cualquier hecho del pasado un género interpretable e incluso eliminable a conveniencia.
- La verdad de desvelamiento. Ahora el discurso no se conforma con la verdad de los hechos sino que profundiza, descubre el sentido oculto y propone un marco que nos permite comprender mejor lo que han significado ciertos acontecimientos. Ninguna interpretación es definitivamente verdadera, pero hay algunas que nos parecen más ciertas y profundas que otras. Gracias a poetas y novelistas conocemos mejor la condición humana y, en consecuencia, nuestra propia vida. No se trata ahora de adecuación a la verdad sino de verosimilitud: la convicción por parte del lector de que se está interpretando mejor lo real.

El criterio de verosimilitud está sujeto también a las veleidades del tiempo, el conocimiento y la experiencia. Lo que a unos nos parece verosímil a otros parece inaceptable e, incluso, lo que hoy me parece inverosímil quizá mañana me parezca absolutamente atinado.

Pongo un ejemplo. Cuando Alexandr Solzhenitsyn publicó en 1973 “Archipiélago Gulag”, el eco de esta obra fue razón para ser entrevistado en la televisión española el 20 de marzo de 1976, entonces un país que estaba bajo la influencia de la dictadura de Franco. Pocos creímos a Solzhenitsyn en la larga hora de su casi exclusivo monólogo (el entrevistador solo le hizo tres preguntas), pues éramos muchos los convencidos de que la URSS era un país de política intachable que porfiaba por la igualdad de todos los seres humanos. Lo que decía este escritor no podía ser más que mentira, una soflama anticomunista, basura para denigrar a la URSS. Hace poco he tenido ocasión de leer la transcripción de esta entrevista y no puedo menos que condenar mi ceguera de antaño al despreciar la verdad de una experiencia.

Mikel Azurmendi, al igual que otros arriesgados autores antes señalados, ha tratado con esta novela hacer verosímil lo que pudo ocurrir con estos pobres muchachos gallegos. Los ha rescatado del olvido y ha traído a nuestras mentes el horror de una lucha que pretende “liberarnos” de unos supuestos males a través de la violencia y la muerte. Ahora sólo la capacidad empática del lector que es capaz de despojarse de toda fe ideológica podrá atisbar que la crueldad y el fanatismo condenan la convivencia y el entendimiento.

Esperemos que el esfuerzo de Mikel como escritor de ficción permita remover algunas conciencias. Las dificultades para publicar este libro y el escaso eco en los medios de comunicación vascos, no parecen augurar grandes resultados. Es sabido que en Euskadi lo que muchos lamentan en privado no gustan de verlo puesto por escrito: perjudica a un país que está por encima de eventuales sujetos españoles, gallegos o incluso vascos. Orgullo nefasto y sectario que sin duda nos mantendrá pequeños.

Para finalizar confesaré mi convicción de que se busca mal la verdad si uno no sabe de entrada que debe ponerse al servicio del bien. Así, la literatura es un discurso orientado hacia la verdad y la moral, pues comunica valores, siendo los textos literarios signos de humanidad.

Como también señalaba Todorov, la responsabilidad es siempre una coherencia entre el discurso que uno produce y el mundo. Necesitamos poseer en nuestro interior una certeza ligada a los sentimientos sobre lo justo y lo injusto. Sin estas intuiciones de base, la razón no vale nada.

Gracias por su atención.